

IV. REGLAS PARA LA "ELECCIÓN".- "Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace"

1. En la Exhortación *Vita consecrata* se insiste en la necesidad de cultivar «una sólida espiritualidad de la acción, viendo a Dios en todas las cosas, y todas las cosas en Dios»:

«En efecto, "se ha de saber que, como el buen *orden de la vida* consiste en tender de la *vida activa* a la *contemplativa*, también por lo general el alma vuelve útilmente de la *vida contemplativa* a la *activa* para realizar con mayor perfección la *vida activa*, por lo mismo que la *vida contemplativa* enfervoriza a la *activa*" (S. Gregorio Magno). Jesús mismo nos ha dado perfecto ejemplo de cómo se pueden unir la comunión con el Padre y una vida intensamente activa. Sin la tensión continua hacia esta *unidad*, se corre el riesgo de un colapso interior, de desorientación y de desánimo. La íntima unión entre contemplación y acción permitirá, hoy como ayer, acometer las misiones más difíciles» (VC 74).

Es esta "unidad de vida" (PO 14) –el "orden de la vida" que brota del "*ordo amoris*" y nos hace "contemplativos en la acción" («*actuar como si todo dependiera de Dios y no de nosotros*») y "activos en la contemplación" («*orar como si todo dependiera de nosotros y no de Dios*»), según el sentido originario de la sentencia ignaciana y el ejemplo mismo de Cristo, que «no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre» (Jn 5,19)–, la que nos hace capaces de amar, como Él, "hasta el extremo", con un *amor oblativo*, hecho de "concreto y generoso servicio", "lavando los pies" a los hermanos (Jn 13,4-5):

«Él llama continuamente a nuevos discípulos, hombres y mujeres, para comunicarles, mediante la efusión del Espíritu (cf. Rm 5, 5), el ágape divino, *su modo de amar*, apremiándoles a *servir* a los demás en la entrega humilde de sí mismos, lejos de cualquier cálculo interesado. A Pedro que, extasiado ante la luz de la Transfiguración, exclama: "¡Señor, qué bueno es estar aquí!" (Mt 17,4), le invita a volver a los caminos del mundo para continuar sirviendo el Reino de Dios: "Desciende, Pedro; tú, que deseabas descansar en el monte, descende y predica la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye y exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, padece algunos tormentos a fin de llegar, por el brillo y hermosura de las obras hechas en caridad, a poseer eso que simbolizan los blancos vestidos del Señor"(S. Agustín). La *mirada fija en el rostro del Señor* no atenúa en el apóstol el *compromiso por el hombre*; más bien lo potencia, capacitándole para incidir mejor en la historia y liberarla de todo lo que la desfigura.

La búsqueda de la *belleza divina* mueve a las personas consagradas a velar por la *imagen divina* deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas... La vida consagrada muestra de este modo, con la elocuencia de las obras, que la caridad divina es fundamento y estímulo del *amor gratuito y operante*... Entre los posibles ámbitos de la caridad, el que sin duda manifiesta en nuestros días y por un título especial el amor al mundo "hasta el extremo", es el *anuncio apasionado de Jesucristo* a quienes aún no lo conocen, a quienes lo han olvidado y, de manera preferencial, a los pobres» (VC 75; cf. n. 76).

2. En los Ejercicios espirituales las "Reglas para hacer sana y buena elección" tienen una especie de "prólogo" en las "tres maneras de humildad" que S. Ignacio nos invita a considerar:

a) **Tres maneras de humildad** (o tres grados del amor): sólo desde la clave del amor (*conocimiento interno*) se entiende la "locura del descenso" con Cristo pobre y humillado; y ésta es precisamente la gracia que se pide: ser alcanzado de tal manera por el amor de Cristo (*affectarme*) que no quiera más que vivir hasta el fondo el *misterio de comunión* con Aquel que se vacía por amor a mí y a toda la humanidad. Se trata de un progreso en la *madurez del amor*. El crecimiento en el amor, es un proceso de humillación (*kénosis*): a) recibéndolo como *don gratuito* desde la propia pobreza y reconocida incapacidad para alcanzarlo (dejándose "amar" y "lavar los pies" por Cristo); b) y como *misterio de identificación y comunión* con el vaciamiento de Cristo, que por amor nuestro se dejó despojar de cuanto tenía.

1º) No romperemos: la persona *honesta* que quiere ser fiel al amado ("permanecer en el amor"), sin tan siquiera "deliberar" arbitrariamente lo que podría romper la comunión y apartarle del Amor (→ *pecado mortal*).

2º) Como tú quieras: la persona *libre* que depone sus planes, para hacer feliz y agradar en todo al amado ("crecer en el amor"): no "deliberando" siquiera lo que podría debilitar o enfriar el amor (→ *pecado venial*).

Instrucciones espirituales.- Reglas de discernimiento ignacianas - 8

3º) *Contigo pan y cebolla*: la persona *enamorada* que se identifica en todo con el amado y está dispuesto a "correr su misma suerte" ("en la salud y en la enfermedad, la prosperidad y la adversidad... todos los días de su vida"): pobreza, oprobios, humillaciones, ser tenido por loco... "hasta la Cruz"→ es la aparente "locura" o "sobrerebondancia" del amor (VC 104s)... porque "sólo los locos y los santos van de veras" (M. Unamuno).

b) Las **Reglas para la elección** [175-188] pretenden dar un "cauce" ("odres nuevos") al "vino nuevo" (la "gracia" de Xto.) que el Espíritu ha infundido en mí en los EE (cf. Mc 2,22), a través de la "**elección de estado**" [171] o, si ya está hecha, la "**reforma de vida**" [172;189]. En la **vida consagrada** supone vivir una "**fidelidad progresiva**" -desde la primacía de la vida espiritual- (VC 93), sin doblegarse al mundo, sino a la Palabra *-lectio divina-* y a la Voluntad de Dios *-discretio-* (n. 94), "**dinámica**", en las distintas 'etapas' o 'dimensiones' de la vida (n. 70-71) y "**martirial**", como la de muchos fundadores y fundadoras (n. 86).

1. Hay un "**preámbulo**" [169] que señala cómo «en toda buena elección el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado» (PyF): 1) **Totalidad**: «*simple...solamente...el servicio y alabanza...*»; 2) **Ordo amoris**: «*No trayendo ni ordenando el fin al medio, sino el medio al fin...*».

2. Luego, trata de la "**materia de elección**" [170-174]: subraya su *eclesialidad* y *grado de definitividad* para invitar a "purificar" o "reformular" las *elecciones ya hechas* -o incluso a "cambiar" las *mutables mal hechas*- para conformarlas más a la voluntad de Dios: "saliendo del propio amor, querer e interés" [189].

3. Finalmente, trata de los "**tres tiempos de elección**" [175-188], según un *orden lógico y axiológico* (no arbitrario): se pasa al otro cuando no se dan las condiciones para aplicar el anterior; la secuencia es: **1º tiempo**: la *consolación sin causa* (que inspira directa e indudablemente la elección); **2º tiempo**: el *discernimiento* de los 'signos afectivos' de Dios y el Enemigo; **3º tiempo**: el uso tranquilo de la *razón* para discernir la coherencia (cognitiva-afectiva-espiritual) entre el *medio* (elección) y el *fin* (PyF); también éste muestra la primacía que S. Ignacio otorga a los "**criterios afectivos**" (*emociones...*) en la elección:

a) Aunque se basa en las *potencias naturales*, parte del PyF (gratitud-alabanza-adoración-servicio desde la propia vocación y carisma), con el deseo de *ir a más* ("más amar y servir") y en *actitud de oración*: se pide que el Señor le haga "sentir" lo que quiere, que "incline su voluntad" hacia ello y que "confirme la elección realizada": **ACCIÓN DE DIOS (inspira)** → **ACCIÓN DEL HOMBRE (expresa-realiza)**.

b) El *primado* está en la *iniciativa de Dios*: se trata de dilucidar la *vocación divina*, por lo que el centro de atención debe ponerse en la acción de Dios, según el *grado de inmediatez* con la que se experimenta; prima la percepción afectiva sobre la racional: el 3º Tiempo es *subsidiario* (como traducción del PyF).

c) La iniciativa de Dios se da en la "**connaturalidad**" de un corazón ordenado [335], y se percibe con más claridad en el campo afectivo que en el racional, porque corresponde a la intuición afectiva de lo que me es dado y establece relaciones más profundas y sensibles entre el misterio de Cristo y mi realidad histórica.

d) Aún así, debe darse "**complementariedad**" entre la *intuición afectiva* y el *análisis racional* de los motivos: al ser unívoca la llamada de Dios, las dos lecturas deben ser coincidentes; además, el Espíritu transforma y se comunica al centro mismo de esa indivisible *unicidad personal* (afectivo-racional-volitiva) del hombre.

e) Dios nos hace "**pregustar**" mediante la *consolación* el "**gozo de la comunión**" con Él en una determinada *opción histórica* como camino de salvación, felicidad y vida para cada uno de nosotros. El Enemigo, en cambio, quiere forzar la decisión desde el "apego desesperanzado" a las viejas *apetencias desordenadas*. En el orden afectivo se capta mejor la *connaturalidad* entre la invitación divina y mi deseo más profundo.

«La *sensibilidad del Espíritu* consiste en un *gusto acertado*, que nos da el *verdadero discernimiento*. Del mismo modo que, por el sentido corporal del gusto, cuando disfrutamos de buena salud, apetecemos lo agradable, discerniendo sin error lo bueno de lo malo, así también nuestro espíritu, desde el momento en que comienza a gozar de plena salud y a prescindir de inútiles preocupaciones, se hace capaz de experimentar la abundancia de la *consolación divina* y de retener en su mente el recuerdo de su *sabor*, por obra de la *caridad*, para distinguir y quedarse con lo mejor, según lo que dice el Apóstol: *Y ésta es mi oración: Que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores*» (Diadoco de Foticé).